

CAPITULO XIII

FRANCIA. -- LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE

La importancia que encerraba la sublevación de Strasburgo, que debía haber llamado la atención de Luis Felipe, y en el pequeño celaje presentir la tempestad que podría contribuir en gran manera á arrojarle del trono, procurando evitarla, hace necesario que consagremos algunas líneas al héroe de aquella intentona, personaje que, andando el tiempo, había de ejercer tanta influencia en los destinos de Francia.

Hijo tercero de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y de Hortensia Beauharnais, fué Carlos Luis Napoleón Bonaparte educado en Francia y desterrado de ella más tarde: á la caída del Imperio siguió á su madre en el ostracismo, de donde salió diversas veces para acometer arriesgadas empresas hasta que, finalmente, apareció en el territorio francés con motivo de la sublevación de Strasburgo.

Muchos de los hombres notables de Francia, encanecidos en las revoluciones y disgustados por el orden de cosas entronizado á la caída del Imperio, habían dirigido sus miradas hacia el sobrino querido de Napoleón Bonaparte, en quien suponían los más generosos alientos para llevar á feliz término la ventura de su patria.

El hijo de Hortensia parecía justificar las presunciones, así de los antiguos generales del Imperio, como de los nuevos hombres de Estado y de los publicistas del progreso.

Para todos ellos Luis Napoleón constituía una esperanza.

El anciano Lafayette, el héroe de la revolución de 1830, no había podido ocultar sus simpatías por un nombre que representaba su ídolo, la soberanía popular. También Armando Carrel se inclinaba ante el sucesor de Napoleón, y con él todos los que tenían un perfecto conocimiento de la situación política, porque comprendían cuán poco consolidada estaba aquella monarquía bastarda, que ni aun después de seis años, había podido asegurarse en el trono.

La segunda rama de los Borbones, definitivamente se veía abandonada de la opinión pública, no contando más que con el apoyo de la nueva aristocracia ciudadana, industrial ó parlamentaria, que orgullosa se ostentaba en la posición que asaltara, y reinando, bajo el nombre de Luis Felipe, ocupaba todas las avenidas del poder y ella sola estaba al frente de todos los destinos.

Así es como tienen su explicación las incesantes conspiraciones y los innobles complots que de continuo amenazaban aquel trono advenedizo, como también el que se preguntasen unos á otros con asombro, qué sistema reemplazaría á la monarquía constitucional el día que desapareciese el hombre que la representaba.

Sin embargo, todos estaban conformes en que

una sola cosa había faltado á todas las conspiraciones abortadas durante aquellos seis años; la fuerza del derecho, la fuerza de un nombre.

Decíase que si el hijo del Emperador hubiese vivido, no habría tenido que hacer más que presentarse en la frontera para arrastrar en pos de sí á todos los franceses, porque Francia estaba en manos de unos hombres que no sabían hacerla respetar.

¡Quién hubiera dicho entonces que una revolución popular había de humillarla todavía más á los ojos de la Europa! ¡Quién hubiera podido creer que se llegaría hasta el extremo de ocultar su bandera, aquella noble bandera tricolor que había dado la libertad al mundo!

Avergonzado el ejército del triste papel á que se le condenaba ante la Europa, parecía no poder dar un paso sin la autorización de Inglaterra.

En este estado, se decidió Luis Napoleón á emprender una de aquellas audaces aventuras que, si bien no dan por de pronto el apetecido triunfo, sirven al menos para designar claramente las diversas posiciones.

Durante el año 1835 había hecho el príncipe diferentes viajes á Baden, cuyo punto había venido á ser el centro de sus afectos de familia. Allí pudo ponerse en contacto con un gran número de oficiales franceses que á todas horas pasaban el puente de Kehl, ya fuese para tomar parte en las fiestas alemanas, ya para conferenciar con el príncipe.

Este, distinguió entre ellos á un oficial de aquel 4.º regimiento de artillería, en el que recibió Napoleón su bautismo de sangre en Tolón, y cuyo regimiento había sido el primero en aclamar más tarde en Grenoble, al águila que acababa de escaparse de la isla de Elba.

Era aquel oficial, el coronel Vaudrey, uno de los héroes de Waterlío, que no había podido olvidar aún la derrota de la patria.

Además del coronel, había logrado Luis Napoleón atraer también á su causa á M. de Layti, joven oficial que acababa de salir de la Escuela politecnica y entusiasta de las glorias de su patria, al comandante Parquin, hermano de un célebre abogado, al conde Gricourt y á los señores Brue y de Querelles; también una mujer enérgica y decidida, joven y hermosa, la señora Gordo, fué iniciada en aquel importante secreto.

Finalmente, un hombre dotado á la vez de un corazón intrépido y de una inteligencia flexible y delicada, el señor de Persigni, puso en contacto á todos los conspiradores y unió los diferentes hilos de aquella trama, tan vasta como audaz.

Alma de las atrevidas empresas del príncipe, corazón leal y consejero decidido, merece el señor Persigni que hagamos de él especial mención, por ser el más notable de entre todos aquellos cortesanos del infortunio.

Unido por las tradiciones de su familia á la causa de la legitimidad, había conservado siempre el señor de Persigni su opinión, hasta el día en que fué presentado por M. Sazi al príncipe Luis Napoleón, en Inglaterra: aquel día decidió de su vida.

Desde entonces aquel hombre, á quien sus compañeros de infancia llamaban el Romano, no tuvo más que una idea, que una razón de ser, su adhesión al príncipe: la amistad se convirtió en él en una pasión y su creencia en Luis Napoleón casi era un culto.

Esta fué la falange, poco numerosa, pero intrépida, que se asociaba á las esperanzas y á los peligros del sobrino del Emperador. ¿Eran sus esperanzas insensatas?

En breve tendremos ocasión de verlo.

El punto más próximo, más vulnerable y sobre todo el más importante, si podían los conjurados apoderarse de él, era Strasburgo; como plaza fuerte, si se podía arrastrar al pueblo y la guarnición, quedaban libres todas las operaciones sobre París por los Vosgos, la Lorena y la Champagne.

Sólo bastaba asegurar el primer golpe, para decidir á aquellas poblaciones enérgicas y entusiastas.

El día 29 de Octubre de 1836 llegó Napoleón á Strasburgo, y durante la noche reunió en sus habitaciones á veinticinco oficiales de las diferentes armas que componían la guarnición, los cuales le acogieron con verdadero entusiasmo, acordándose los medios para llevar á cabo el proyectado movimiento.

La guarnición que había en Strasburgo estaba formada por tres regimientos de infantería, tres de artillería y un batallón de ingenieros, distribuidas estas fuerzas en diferentes cuarteles, bastante lejanos unos de otros.

A las cinco de la mañana, el coronel Vaudrey, que mandaba el cuarto regimiento de artillería, dió la orden de formar, y poco después Luis Napoleón presentábase en el cuartel, dirigía la palabra á los soldados, y éstos á los gritos de «viva la Francia» «viva la libertad» y «viva el Emperador» se ponían incondicionalmente á sus órdenes.

Proclamas dirigidas, tanto al pueblo como al ejército, proclamas en las cuales se invocaba en favor del nuevo candidato, el recuerdo no extin-

guido de Napoleón I, llevaban la noticia al pueblo y á los soldados de lo que se proyectaba; así fué que desde el momento en que Luis Napoleón se puso al frente del cuarto regimiento de artillería, acudió también el paisanaje á engrosar sus filas.

Al frente de aquellas fuerzas y mientras que los tenientes Layti y Pietri transmitían las órdenes para que los demás cuerpos secundaran el alzamiento, Luis Napoleón dirigióse á la Capitanía general y presentándose el general Voirol, jefe de aquel distrito militar, le invitó á que se adhiciese al movimiento.

Pero el general, aun cuando sus simpatías estaban al lado de las glorias del Imperio, tenía solemnes compromisos contraídos con el Gobierno de Luis Felipe, y se negó á aceptar lo que se le proponía.

En su consecuencia, quedó detenido bajo la custodia del comandante Parquin, dirigiéndose después los sublevados á otro de los cuarteles, donde fracasó por completo la intentona por efecto de una de esas pequeñas causas que producen á veces grandes efectos, y que suelen decidir en un instante el éxito de los grandes acontecimientos.

Ni Napoleón ni los que le acompañaban, conocían bien el camino que habían de seguir para llegar al cuartel donde se dirigían; se extraviaron, perdieron un tiempo precioso, Napoleón llegó casi solo ante el cuartel, y mientras tanto, repuestas las autoridades del pánico consiguiente á los primeros momentos, tomaron sus disposiciones.

El general y el prefecto, que habían sido detenidos, recobraron la libertad, comunicáronse órdenes á las tropas que todavía no se habían lanzado á la calle, y el retraso experimentado por el príncipe para llegar al segundo cuartel, dió lugar á que allí se presentara un ayudante del general, el cual tratando de impostor al príncipe delante de los soldados, hizo que éstos volvieran al cumplimiento de su deber, y que los redujeran á prisión.

Con esto se dió por terminada la intentona de Strasburgo, pues las autoridades, á fin de calmar la excitación popular, siguieron apelando á la superchería de decir que la persona que se había presentado á las tropas no era el príncipe Napoleón.

Grave era el compromiso en que se encontraba el Gobierno ante aquel acontecimiento, siendo para él más bien que un triunfo, un obstáculo de verdadera importancia.

Por más que hubiera deseos de hacer que se aplicase todo el rigor de las leyes militares á los prisioneros, lo cual hubiese sido sumamente fácil si el consejo de guerra les hubiese podido juzgar en

Strasburgo, no era posible hacerlo así, por la sencilla razón de que muchos de los detenidos eran paisanos, y no pertenecían á la jurisdicción militar.

Encerrado el príncipe en la Casa Correccional de Strasburgo, permaneció en ella hasta el día 9 de Noviembre en que se dirigió á París escoltado por un jefe de gendarmes y algunos individuos del citado cuerpo.

El día 11 llegó el príncipe á París, é inmediatamente M. Delessert, que era el prefecto de policía, le dijo que iba á partir dentro de dos horas para los Estados Unidos.

En vano fué que Napoleón protestara de aquellas disposiciones, que parecían establecer una diferencia marcada entre su suerte y la de sus compañeros, reclamando que se le dejara en Francia, sujetándole á la misma suerte que aquéllos tuvieron.

Pero la reina Hortensia, su madre, al tener noticias de lo ocurrido, suplicó á Luis Felipe que no tomara respecto á su hijo otras medidas que las de desterrarle, y como que por otra parte existía el precedente de lo que se había hecho con la duquesa de Berri, era la verdad que el Gobierno no podía ni debía cambiar la línea de conducta que con aquélla había seguido.

De aquí que todas las protestas del príncipe habían de resultar ineficaces; y los historiadores que tanto han encomiado el proceder de Luis Napoleón reclamando la misma suerte de sus compañeros, que han dirigido sus censuras al Gobierno por aquel acto, no han estado en lo justo, procurando únicamente sacar partido, según el móvil que inspiraba su pluma, de hechos que eran completamente lógicos.

Que el príncipe Napoleón reclamara que se le juzgase lo mismo que á sus compañeros, no era más ni menos que lo que debía hacer, puesto que por él se habían comprometido; y que el Gobierno obrara igualmente del modo que obró, era lo natural también, pues si con la duquesa de Berri en su tentativa de sublevación de la Vendée, la había dejado en libertad, proceder de otro modo con Luis Napoleón, habría sido una injusticia por la cual entonces, y con muy justo motivo, se le habría censurado.

Asegurado con una buena escolta, llegó el príncipe á Lorient, y en la noche del 15 se embarcó en la fragata *Andromeda*, que se dió á la vela inmediatamente con rumbo á la América.

Antes de partir, dirigióse á los individuos que habían de componer el Jurado, defendiéndose de

los cargos que se le pudieran hacer, y desplegando con energía y audacia la bandera en que consignaba el derecho que le asistía para proceder del modo que lo había hecho.

Como quiera que el Gobierno había esparcido voces, con el propósito de evitar tentativas posteriores, de que el príncipe había prestado juramento de no volver más á Europa, Luis Napoleón lo desmintió enérgicamente, y más tarde, en 1840, en la Cámara de los Pares, el mismo Gobierno hubo de manifestar que no se había puesto condición alguna al príncipe, al dirigirse á los Estados Unidos.

¿Podía resignarse á permanecer desterrado cuando en su corazón sentía un deseo vivísimo de regresar á aquella Francia que le había visto nacer, y cuando su ambición estaba haciéndole ver constantemente un mundo de poder y de gloria hacia el

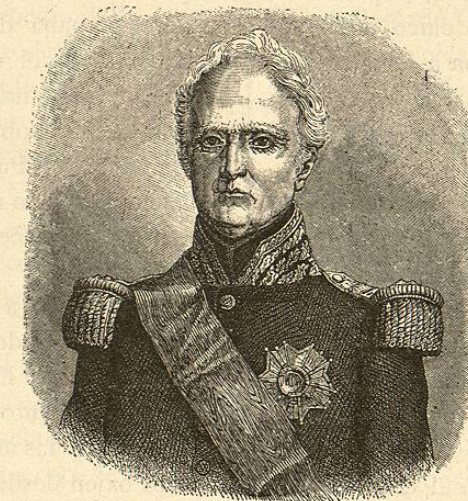
cual parecían empujarle los desaciertos cometidos por los poderes que habían sucedido al imperio de su tío?

Por ningún estilo.

Y al tener noticia de que su madre se hallaba en grave peligro de muerte, se embarcó inmediatamente para Europa, llegando á Suiza, después de tener que vencer grandes obstáculos, recogiendo, en 5 de Octubre de 1837, el último suspiro de la reina Hortensia.

Su permanencia en Suiza estuvo á punto de provocar un conflicto entre la confederación helvética y Francia, conflicto que el príncipe quiso evitar trasladándose á Inglaterra.

Inútil es decir que los periódicos del Gobierno habían de procurar por todos los medios imaginables desprestigiar á Luis Napoleón, consiguiendo



EL GENERAL BUGEAUD

con esto únicamente mantener siempre en circulación el nombre del príncipe, y dejar flotar al aire aquella bandera, bajo la cual, andando el tiempo, había de agruparse la nación.

Luis Napoleón no podía avenirse con la inacción, y cansado, digámoslo así, de que le achacaran complicidad en las turbulencias ocurridas en París, como había sucedido con el motín de Barbes que ya dejamos mencionado en el capítulo anterior, decidió probar fortuna, intentando un desembarco en Bolonia, para cuyo efecto comenzaron inmediatamente los trabajos.

Todo estaba ya dispuesto el día 5 de Agosto de 1840; se alquiló en Londres un buque de vapor, el *Castillo de Edimburgo*, partiendo el 5 la expedición del puerto de Margate, en dirección á Wi-

mereux, pequeño puerto que dista legua y media de Bolonia.

En la mañana del 6, se anunció al vapor, que se hallaba aún á bastante distancia, que era imposible hacer un desembarco en la costa sin el auxilio de las lanchas.

En breve se vió separarse del buque una lancha llena de hombres que vestían el uniforme de línea y cuando se les llamó con la bocina, contestó uno de ellos: «Somos del 40 de línea y nos dirigimos de Dunkerque á Cherburgo; pero nos vemos obligados á desembarcar por haberse roto una de las ruedas del buque.»

El primer cuidado de aquellos soldados al saltar en tierra, fué apoderarse de las armas de los aduaneros; luego hizo la lancha diferentes viajes de la